

## DAVID HUME

Con David Hume, alcanzará el empirismo inglés su culminación doctrinal. Hume consideraba a la metafísica como resultado de un infructuoso esfuerzo de la vanidad humana que quiso penetrar en una esfera de objetos absolutamente inasequible al entendimiento. En su crítica quedarán disueltos los dos conceptos fundamentales en torno de los cuales había girado el movimiento metafísico del s. XVII, pues para Hume, tanto sustancia como causalidad no serían más que relaciones de ideas que, por reposar en impresiones de la sensación, no podrían ser explicadas por la experiencia ni por el pensar lógico. Así, Hume, romperá drásticamente con la tradición metafísica occidental que llegaba hasta Leibniz, e iniciará el movimiento que llevará a las modernas filosofías antimetafísicas.

### 1. Impresiones e ideas

Dentro de la tesis distintiva del empirismo, es decir, aquella a partir de la cual todo nuestro conocimiento se originaría en la experiencia, Hume defenderá la necesidad de distinguir, al contrario de lo que había hecho Locke, entre impresiones e ideas. Hume entenderá que *toda* idea derivaría de una impresión —las aprehensiones primeras, más vivas e inmediatas—, pues no todo contenido de conciencia es una idea, entendiendo a estas últimas como las imágenes que conserva la memoria y la imaginación de las impresiones. Con esto, Hume dejará claro que no existen las ideas innatas ni los principios innatos (algo que, por ejemplo, sí defendía Descartes), sino que todos los contenidos de la conciencia emanan de la experiencia sensible. Es decir, nuestro conocimiento se enriquece a partir de la asociación de ideas que derivan de las impresiones que nos ofrece la experiencia.

La aportación de Hume, en este aspecto, vendrá de su formulación de las leyes de esa asociación de ideas, y cuya terminología tendrá importantes consecuencias teóricas. Para Hume, lo decisivo a la hora de comprender la asociación de ideas simples para formar ideas complejas es el paso de lo vivaz a lo débil, es decir, la pérdida de vivacidad que experimentan nuestras vivencias cuando pasan a ser ideas de la memoria o de la imaginación. Esto significa que, para Hume, las impresiones no sólo son primeras genéticamente, sino que también tienen una cualidad que las coloca por encima de las ideas, a saber, la de depararnos una imagen más precisa e intensa de lo que expresan. Esta comprensión de la formación de las ideas es el modo que tiene Hume de plantear el criterio que permite conocer la propia idea distinguiéndola de lo que son meramente términos. Hume dirá, por tanto, que para asegurarse de si se está empleando un término filosófico vacío, sólo habrá que intentar averiguar la impresión de la que deriva tal idea, y si no fuera posible asignarle una, eso serviría para confirmar la sospecha.

### 2. Conocimiento intuitivo y conocimiento demostrativo

Con su distinción entre impresiones e ideas se ajusta Hume a la distinción entre conocimiento intuitivo y conocimiento demostrativo, cada uno de los cuales tiene su peculiar especie de certeza. El conocimiento intuitivo reside simplemente en la seguridad de las impresiones facticias: qué impresiones tengo puedo decirlo con absoluta seguridad. Y de entre estas impresiones, a las que conviene certeza inmediata, es decir, intuitiva, destaca Hume la de la relación especial y temporal de

los contenidos de la sensación, o lo que es lo mismo, la fijación de la coexistencia y sucesión de las impresiones elementales. Por tanto, la contigüidad espacio-temporal sería la forma más elemental de la asociación representativa. El orden espacial en que se ofrecen los contenidos de la percepción es dado indubitablemente con éstos, de manera inmediata, por lo que de tales contenidos o hechos existe un conocimiento enteramente seguro y libre de toda duda. No obstante, no hay que pasar por alto que esta facticidad absolutamente cierta de las impresiones es, para Hume, simplemente la de su existencia como representaciones. En este sentido y limitación comprende el conocimiento intuitivo.

Un conocimiento demostrativo de certeza también perfecta es el que se basa en la impresión de semejanza. Poseemos una clara y distinta impresión de la igualdad o desigualdad y sus diversos grados en las sensaciones. Esta impresión consiste, pues, en el conocimiento de la capacidad de semejanza de nuestro propio (sensitivo) hacer. En consecuencia, sobre esta impresión es sobre la que se basa la matemática como única, según Hume, ciencia demostrativa, pues ésta no se refiere a otra cosa que a las posibles relaciones entre contenidos de representación y porque nada afirma acerca de la relación de éstos con un mundo real. Por ello prevalece en Hume el principio según el cual el objeto de la ciencia es lo cuantitativamente determinable, y esto no versa, en rigor, sobre el ser, sino sobre el acontecer en la naturaleza.

Para Hume, pues, no es demostrable ninguna afirmación sobre el mundo externo: todo nuestro saber se limita a la comprobación de impresiones y a la relación de estas representaciones entre sí. Por ello no le parece justificado que se intente explicar la posible igualdad entre representaciones a la manera de una identidad metafísica. Esto es lo que ocurre con el empleo del concepto de sustancia, el cual no es percibido, no se encuentra como contenido en las sensaciones particulares ni en las relaciones de éstas. Su origen se encuentra en la propia reflexión. Por el hábito de representarse objetos iguales, se va engendrando cierta coacción a admitir la coexistencia de esas representaciones y acaban por ser pensadas como real pertenencia de los elementos sensoriales, esto es, como sustancia. Así explica Hume la forma conceptual de la inherencia desde una perspectiva psicológica. De esta manera, partiendo de la tesis de que no tiene sentido hipostasiar como sustancia desconocida la correlación de las representaciones, Hume la extenderá hacia el propio yo hasta no dejar nada ni siquiera de la *res cogitans* de Descartes: es decir, incluyo el yo es un haz de representaciones.

### **3. La crítica de Hume a la metafísica**

Hume es el empirista más radical en su crítica a la metafísica y con quien se profundiza en la crisis de la idea clásica de filosofía haciéndose paso una nueva comprensión de la misma. Hume cree llegado el momento de sustituir la metafísica tradicional por otro tipo de filosofía, y a la que también llama metafísica, pero que sólo asumiría de la tradicional el concepto que ésta tenía de ser teoría. Esto, por supuesto, no le impedirá a Hume reconocer que la filosofía deba tratar también temas cercanos a la vida práctica, pero habrá que tener en cuenta que en ninguno de los casos —problemas teóricos o prácticos— debe exigirse a este conocimiento que sea plenamente evidente, es decir, que constituya un saber absoluto y último. Simplemente, dirá Hume, hay que ajustarse a la experiencia y describir lo que ésta nos muestra.

Por tanto, para Hume, el concepto de causalidad no será ni intuitiva ni demostrativamente cierto, pues esta forma del pensar sólo puede explicarse como una asociación consecutiva de ideas que, por el hábito que advertimos de sucederse unas a otras, es hipostasiada a una consecución necesariamente real. Es decir, esta relación de causa y efecto no sería percibida intuitivamente. Ni de una causa puede derivarse lógicamente su efecto, ni en la representación de un efecto no se halla la de su causa. Es decir, la relación causal no puede comprenderse analíticamente. Es por esto por lo que, estrictamente hablando, nuestras percepciones serían siempre particulares y que luego nuestra mente asociaría, de modo que por sí sola cada percepción no estaría relacionada con otra. Esta concepción volverá problemática la propia racionalidad del mundo externo, pues implica que no podemos poseer un conocimiento deductivo de la realidad. Entonces, ¿en qué se basa la seguridad que tenemos de que el mundo es de una manera determinada? Al fin y al cabo, realizar esta crítica al principio de causalidad implica aceptar la posibilidad (lógica) de que ocurra lo contrario de lo que suponemos o esperamos, por lo que, si no reside en la razón, el origen de nuestras inferencias causales debe residir en la experiencia. Por ello, Hume concluirá que es debido a la fuerza de la costumbre, es decir, a los hábitos asociativos que se han creado en la mente en virtud de su experiencia pasada, que podemos anticipar determinados efectos al ver determinadas causas. O sea, la costumbre sería el fundamento de nuestras creencias sobre el mundo fenoménico. Así, aunque con su crítica de la causalidad pone de manifiesto la limitación del conocimiento fenoménico, para Hume, no obstante, la relación causal tendrá un valor canónico —aun basándose en la experiencia pasada y considerándose un proceso psicológico—, constituyendo una exigencia a la que han de ajustarse nuestros conocimientos para ser aceptables.

Obviamente, tras esta crítica a la relación causal, el problema de la demostrabilidad de la existencia de Dios no será más que una aplicación de estos argumentos sobre el problema de la inferencia de la existencia de Dios a partir del mundo. El clásico argumento de causalidad y que había sostenido en gran parte las demostraciones escolásticas de Dios como causa increada, no se sostendrá tras la crítica de Hume, pues toda su fuerza demostrativa gravita sobre el valor deductivo otorgado a la inferencia causal, de manera que así el mundo evidenciaría analógicamente la existencia de Dios. *(Aplicar un poco lo que ya se ha dicho, pero al caso concreto de Dios)*. Pero no puede decirse, en rigor, que se infiera la existencia de un creador infinito de la existencia del mundo, pues si el efecto refleja y se ajusta a la causa, y el efecto es finito como lo evidentemente el mundo, entonces sólo se puede decir con seguridad que la causa es finita.